

que miremos en la historia, hallaremos siempre tentativas de monarquía universal, que se han reproducido hasta en los tiempos modernos. El siglo XIX ha sido testigo de una lucha gigantesca entre el genio de las conquistas, personificado en un hombre, y las naciones amenazadas en su independencia. Pero esas mismas luchas atestiguan que la unidad no puede realizarse bajo la forma de una dominación que abrace al mundo entero. La historia nos enseña que los ensayos de monarquía universal han sido funestos á los pueblos conquistados, que, al perder su libertad, han perdido su principio de vida: semejante monarquía sería el sepulcro de las naciones, y, por consiguiente, de la humanidad.

Pero ¿es esto decir que las naciones deban continuar gozando de una independencia absoluta, sin que haya entre ellas lazo alguno de unión? Se dice que las naciones son de Dios lo mismo que los individuos; que Dios las ha señalado un territorio particular que están llamadas á explotar; que las ha dado un idioma particular, signo de su individualidad, un carácter diverso y una misión especial... Todo eso es verdad, y la consecuencia que de ello resulta es que el principio de nacionalidad debe presidir á la constitución de los Estados; pero ¿hay que deducir de ello que una vez formadas las naciones estén destinadas á coexistir eternamente, sin que haya entre ellas más vínculo que el de los contratos? Eso equivaldría á decir que la libertad ilimitada, que todo el mundo rechaza como imposible con respecto al individuo, era el estado natural de los pueblos. Esto nos parece contradictorio. No se puede atribuir á las naciones una personalidad más caracterizada que la que tienen los individuos; y éstos, aun cuando tienen una existencia aparte y un destino especial, ¿dejan por eso de formar parte de una sociedad organizada, renunciando á su absoluta independencia en beneficio del pro-comun? Lejos de ser el Estado un obstáculo es, por el contrario, una condición esencial para el desarrollo de la individualidad humana. ¿Y por qué no había de suceder lo mismo con las naciones? Teóricamente no se encontrará, por más que se busque, la diferencia; y si la libertad del individuo puede ser limitada, si hasta debe serlo para que aquél cumpla su destino, con mayor razón debe suceder lo mismo respecto á la libertad de las naciones.

Pero ¿cuál debe ser el vínculo que las una?

¿Debe ser el mismo que une á los ciudadanos dentro del Estado? La solución de este problema pertenece al porvenir; todo lo que se puede afirmar al presente es que la unidad no se establecerá bajo la forma de una monarquía universal, tal como los conquistadores la han ambicionado, tal cual la han soñado los filósofos. Desde el momento que se reconoce á las naciones como á los individuos una vida aparte es preciso que sea respetado el principio de esa individualidad; y la monarquía universal absorbe y destruye toda existencia individual; es una falsa unidad, porque no toma en cuenta el fin de aquélla, el cual no es matar las nacionalidades, sino favorecer su desenvolvimiento, haciéndolas vivir de la vida general del género humano. En teoría, la monarquía universal no tiene más valor que el de instinto de la unidad; y de hecho, las monarquías conquistadoras han tenido por misión el reunir los pueblos y preparar su futura asociación. Pero cumplida esa misión, no puede ya pensarse en monarquía universal. Lo que sucede á nuestra vista nos revela las vías por las cuales llegará la humanidad al cumplimiento de sus destinos. Durante el siglo XIX se está verificando un doble trabajo. De una parte, las nacionalidades encadenadas tratan de conquistar su independencia; el movimiento es providencial, y, por consiguiente, irresistible; triunfará de los intereses contrarios y de los que malamente se llaman derechos adquiridos, porque no hay derecho contra la voluntad de Dios. De otra parte, la ciencia y la industria hacen trabajos para unir todos los pueblos de la tierra: desaparecen las distancias, las relaciones se extienden, los vínculos se multiplican. Cuando ese doble movimiento se acerque á su término, la constitución de la unidad humana, que todavía hoy parece una utopía, se realizará por sí misma. No hay nada imposible más que lo que es contrario á las leyes de la naturaleza: una dificultad, por grande que sea, no es una imposibilidad. Hay, sí, imposibilidades temporales: en la Edad Media era imposible el Estado moderno; pero en el siglo XIX, aunque se quisiera restablecer el régimen feudal, no sería posible. La organización de la humanidad, imposible hasta el día, se verificará por el progreso natural de las relaciones internacionales.

§ II.—La monarquía universal

La monarquía universal es un legado del mundo antiguo y ha sido la ambición de todos los conquistadores desde el fabuloso Nemrod, "el forzado cazador delante del Señor," hasta el pueblo rey. En la Edad antigua de fuerza y de violencia, la guerra era el gran instrumento de civilización; y los conquistadores unían los pueblos encadenándolos; las naciones no existían, y el elemento individual, que representa tan gran papel en toda la creación, era hasta tal punto desconocido que ni aun dentro de la ciudad se le respetaba: "El Estado absorbía al ciudadano." Los Romanos realizaron el sueño de los conquistadores, y el emperador, encarnación del pueblo, se llamó dueño y señor de la tierra. Esos señores del mundo ignoraban que sus largas guerras tenían por objeto providencial preparar las vías á Aquel que los profetas celebran como al príncipe de la paz; y, en efecto, cuando esa misión fué cumplida, la monarquía universal de Roma se arrumbó bajo los golpes de los pueblos bárbaros, que á la voz de Dios acudieron á repartirse los despojos. Y fueron los Germanos los que dieron á la humanidad el elemento individual y de diversidad; y en ellos hay que buscar el origen de las nacionalidades.

La ambición de Roma pagana tuvo un heredero en el catolicismo y en el pontificado: persiguiendo la unidad absoluta en el terreno religioso, los papas fueron llevados por la lógica de las ideas tanto como por la tradición romana á pretender también la unidad política de la cristiandad, y de ahí una nueva monarquía universal que tenía á su cabeza al soberano pontífice y al emperador. El elemento individual de la raza germánica se doblegó momentáneamente bajo el yugo del papado; pero no desapareció, sino que se desenvolvió bajo el régimen del feudalismo. Ese lento trabajo de la Edad Media produjo las nacionalidades modernas; y cuando se halló terminado, la unidad católica ya no tenía razón de ser. Y también fué la raza germánica la que, á la voz de los reformadores, rompió la unidad que Roma cristiana había impuesto al mundo, así como había destruido la obra gigantesca de Roma pagana, demostrándose por ello que el catolicismo es el representante de la monarquía universal, mientras que el protestantismo es el órgano de las nacionalidades.

TOMO III

El catolicismo tiene la ambición de ser inmutable y de dar, sin embargo, satisfacción á las necesidades de la humanidad en todas las épocas de la vida. Es esa una pretensión contradictoria, porque variando con los tiempos las ideas y los sentimientos, la doctrina que quiera darles satisfacción tiene que cambiar igualmente; la inmutabilidad es la muerte, y la muerte no puede presidir á la vida; se necesita, por tanto, que la religión se modifique ó que renuncie á gobernar las almas. En nuestro Estudio sobre las *Guerras de religión* hemos dicho que el dogma católico se ha modificado no obstante su pretendida inmutabilidad. En el terreno político difícilmente podrían negarse los cambios, porque están á la vista y lo demuestran los hechos; y como la teoría política del catolicismo no es más que la expresión de su creencia religiosa, la monarquía universal del emperador, hallándose íntimamente ligada á la dominación universal del papa, el catolicismo necesita sostener tanto la una como la otra, á riesgo de abdicar en otro caso su alta ambición. Sería, pues, necesario que al fin del siglo XIX resucitase la unidad representada por el papa y el emperador en la Edad Media; pero ese retroceso imposible, ¿respondería acaso á las aspiraciones de la humanidad moderna?

El protestantismo fué un gran progreso hácia el porvenir: despertó el sentimiento religioso que el catolicismo casi había sofocado, é imprimió, además, una fuerza irresistible al principio de nacionalidad dándole la religión por apoyo. El mundo católico sufrió una gran sacudida con la revolución del siglo XVI. Esa influencia de la Reforma en el catolicismo no la niegan los católicos en la esfera religiosa; pero aún es más grande y más incontestable en la esfera política. Tan cierto es esto, que la teoría de la unidad cristiana por el papa y el emperador ha sido abandonada. Hoy, al identificar con el catolicismo la idea de monarquía universal, nos exponemos á ser acusados de malquerer; pero el hecho es cierto, y nos será muy fácil probarle. Si esa idea ha sido abandonada, si se ha dejado reemplazar por la idea de nacionalidad, ha sido á pesar del catolicismo, ha sido una victoria ganada por el principio protestante. Importa mucho insistir sobre esto: primero, porque la lucha de las nacionalidades contra la monarquía universal es el hecho capital de la historia moderna; y después, porque en la época de reacción en que nos encon-

tramos es necesario restablecer la verdad en lo relativo al catolicismo y al protestantismo; es necesario que sepan los pueblos que, si son libres é independientes, es á la Reforma á quien deben ese beneficio; es necesario que vean adónde les hubiera llevado el catolicismo si éste hubiese triunfado. La unidad católica conduce á la tiranía intelectual y á la opresión de los pueblos, mientras que el protestantismo nos ha dado la libertad de pensar y la independencia de las naciones.

I.

En otra parte hemos expuesto la teoría política de la Edad Media acerca del papado y del imperio (1). La unidad por el papa y el emperador estaba universalmente admitida: los soberanos pontífices la proclamaban francamente desde la cátedra de San Pedro; la hacían derivar de Dios mismo, y encontraban la imágen de ella en las obras del Creador; el papa era el sol de la cristiandad y el emperador la luna. Esa comparación era aceptada por los sucesores de los Césares; y si de ella resultaba una inferioridad con relación al vicario de Jesucristo, por otra parte significaba una inmensa superioridad del jefe temporal de la cristiandad con relación á los demás príncipes de la tierra. Los más grandes pensadores de la Edad Media reproducían la teoría de la unidad católica como si fuera la expresión de la verdad absoluta. Había sobre este punto un perfecto acuerdo entre los partidos más hostiles: los *güelfos* opinaban como los *gibelinos*, y los canonistas como los filósofos y los poetas; no había divergencia de opiniones más que sobre la extensión del poder pontificio y el del emperador. Los *güelfos* subordinaban el emperador al papa; los *gibelinos* no se atrevían á someter el papa al emperador, pero reclamaban para el jefe temporal de la cristiandad una completa independencia, la cual equivalía á otorgarle el soberano poder. Pero ese disentiendo no fué un obstáculo para que los *gibelinos* se mantuviesen dentro de la tradición católica, queriendo dar un carácter religioso al imperio. En ese sentido nada más curioso que el libro del Dante sobre la monarquía: según el ilustre poeta, hoy reputado como uno de los grandes

(1) Véase la parte sexta de mis *Estudios sobre el Pontificado y el Imperio*.

pensadores de la Edad Media, el imperio y el cristianismo tienen el mismo origen y fundamento. Jesucristo, el Hijo de Dios, reconoció el imperio al nacer bajo la dominación de Augusto y al consentir que se le incluyera en el censo ordenado por el emperador. Hay más: si el imperio no fuese legítimo, debería decirse que Jesucristo no había sufrido verdadera pasión, y, por consiguiente, que no había habido expiación ni redención, cuya consecuencia es horrible (1).

Y no hay que creer que el libro del poeta gibelino sea un engendro puramente imaginario; el Dante, al identificar el destino del imperio y el del cristianismo, era realmente el órgano de los sentimientos generales de la cristiandad. Antes que él, un cronista había dicho la misma cosa; *Othon de Frisinga* enlaza la monarquía universal del imperio con Jesucristo; y todo toma un color religioso bajo su pluma: "¿Por qué ha nacido el Hijo de Dios bajo el primer emperador? ¿Por qué se contó el mundo después de su nacimiento? ¿Por qué se ha concedido á Roma la dominación de toda la tierra? Porque la misión del imperio era preparar y difundir la religión de Cristo. Para marcar más ese vínculo entre el cristianismo y el imperio, nació el Hijo de Dios en el reinado de Augusto. Si se hizo el recuento de la población, fué para anunciar que había venido Aquel que inscribirá á todos los hombres destinados á ser ciudadanos de la patria eterna. Si Roma pagana domina sobre todos los pueblos, es debido á los méritos del príncipe de los apóstoles, que debía establecer allí su silla." (2).

Tenemos, además, una teoría de la monarquía universal escrita en el siglo XIV por un abad alemán (3), en la cual resalta el mismo orden de ideas: "La paz es el fin de las sociedades humanas, y la paz no está asegurada más que por una monarquía universal, del propio modo que la concordia entre los ciudadanos sólo está garantida por la autoridad del príncipe. El destino religioso de la humanidad exige igualmente que ésta se vea regida por las mismas leyes. No hay más que un Dios, ni hay más que una fe; la cristiandad debe abrazar

(1) Véase el análisis que del libro de Dante hemos hecho en la parte sexta de estos *Estudios*.

(2) OTTONIS FRISINGENSIS, *Chronica*, lib. III, Prólogo: "Pulcre igitur eadem urbs antea fuit caput mundi, que postmodum futura fuit caput Ecclesie."

(3) ENGELBERTI, *Abbatis admontensis, de Ortu, progressu et fine romani imperii* (*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XXV, p. 363).

la tierra entera; y cómo habría unidad de creencias estando el género humano fraccionado en naciones hostiles? En el siglo XIV, las naciones comenzaban á tener conciencia de su individualidad; y el autor expone las razones que se alegaban en favor de su independencia; y no niega su gravedad, pero no pueden sobrepujar al interés del cristianismo y de la Iglesia. En la Edad Media no se concebía la posibilidad de la unidad cristiana sin la unidad política: "¿Cómo se había de defender la Iglesia universal de sus enemigos? ¿Cómo había de someter á los cismáticos, á los herejes y á los infieles? El abad del siglo XIV tiene un argumento irresistible que oponer á los partidarios de la soberanía de las naciones, la autoridad de la Sagrada escritura: "El profeta Daniel, divinamente inspirado, ha predicho que las monarquías gobernarán al mundo hasta la consumación de los siglos. El imperio romano es la última de las monarquías universales; sucumbirán con él la Iglesia y el papado, y después vendrán el Antecristo y el fin del mundo."

¿Qué ha sido de esas famosas profecías que tanto han preocupado á los pensadores cristianos? Las ha barrido el tiempo como hojas secas; y aún se llevará consigo otras muchas. Hace mucho tiempo que el imperio romano no existe más que en la historia; y, sin embargo, los fieles no se cansan de esperar el Antecristo y la consumación final. Y es que no hay preocupaciones más tenaces que las que se fundan en la pretendida palabra divina. Al principio del siglo XV, el cisma desgarraba la Iglesia: tres papas se disputaban á la vez la soberanía, y el santo imperio no era más que una vana sombra. Eso no impidió que los Padres del concilio de Constanza ensalzaran al emperador de Alemania como al señor de las naciones y de los reinos: "El mundo le pertenece, decía un orador, nuestros libros lo acreditan." La prueba es singular y merece ser referida como testimonio del abuso que los católicos hacen de la Sagrada Escritura. San Pedro dice que toda criatura está sometida á las potestades superiores; hé aquí el título divino del emperador á la dominación del mundo (1).

¿Se quiere una autoridad más alta que la de los concilios? En otra parte hemos citado el testimonio

(1) ANDREÆ LASCHARII, *Electi posnaniensis, Oratio ad Sigismundum imperatorem* (VON DER HARDT, *Concilium Constantiense*, t. II, p. 170).

de un papa (1): le recordaremos en dos palabras. *Aeneas Sylvius* dedicó un tratado sobre el *Origen y la autoridad del imperio romano* á Federico III, y dice en su prefacio "que su libro está dirigido contra los hombres bastante desacreditados para pretender que hay pueblos y príncipes á quienes sus franquicias desligan de toda dependencia y vasallaje para con el imperio romano." *Aeneas Sylvius*, como el Dante, da un carácter religioso al imperio: el Salvador lo ha consagrado, dice, al nacer en el momento en que el mundo entero obedecía á Roma. El emperador está encargado por Dios de presidir á las cosas temporales. *Aeneas Sylvius* niega formalmente el derecho de las naciones á una existencia independiente; y como papa, sostuvo su doctrina. Todos los pueblos son súbditos del emperador. Esa monarquía universal es sinónimo de tiranía. *Aeneas Sylvius* enseña que el emperador está sobre las leyes, que es dueño soberano de todas las propiedades, y que es un crimen el resistirle, aún cuando cometiese una injusticia. ¡Hé ahí el ideal católico!

Tan cierto es que la idea del imperio es una idea católica, como que ha sobrevivido á la Edad Media y continúa siendo el ideal de los que se aferran al cristianismo tradicional. En el siglo XVI se inaugura una nueva edad que se anuncia con luchas encarnizadas entre los príncipes, órganos de la rivalidad de las naciones; y los mismos papas se ven arrastrados por el movimiento que desgarrará para siempre la unidad cristiana. Pero si está destruida de hecho la unidad, representada en el papa y el emperador, aún subsiste como doctrina. Leon X escribe á Maximiliano, el más débil de los emperadores, diciéndole: "Que es el jefe temporal de todos los fieles, y que Dios mismo le ha colocado á la cabeza de la cristiandad para mantenerla en paz y armonía." (2).

La Reforma dió el golpe de gracia á la unidad de la Edad Media, pero las preocupaciones cristianas son incurables. Ya no había imperio ni papado más que en el mundo de los sueños; y, sin embargo, en el concilio de Trento, un Profesor de teología predicó la teoría católica como si no hubiera protestantismo ni luchas nacionales. "El mundo entero, dijo *Pablo Pasota*, está sometido á la auto-

(1) LEONIS, *Epistola ad Maximilianum*, 1514. BEMBI, *Epistola*, tomo II, p. 136.

(2) Véanse mis *Estudios acerca del Pontificado y el Imperio*.

riedad del soberano pontífice y emperador. Esa monarquía universal no es uno de esos institutos que las circunstancias hacen nacer y que las revoluciones se llevan: "No es el acaso, decía nuestro teólogo, el que ha colocado al papa y al emperador á la cabeza del mundo, es el decreto de Dios omnipotente." Los católicos nunca se ven embarazados para encontrar textos en apoyo de sus pretensiones; la Sagrada Escritura es una mina inagotable para los que saben explotarla. "Jesucristo dice que es necesario dar al César lo que es del César; lo cual prueba que el imperio del mundo pertenece por derecho divino á los sucesores de los Césares." No vayais á creer que esa monarquía universal del papa y del emperador sea un título vano, ó, como diríamos hoy, un símbolo de la unidad cristiana: el teólogo del concilio de Trento tiene buen cuidado de declarar que la voluntad de los dos jefes de la cristiandad lo rige y gobierna todo, así la guerra como la paz (1).

Acabamos de oír á hombres prácticos, papas y obispos: apoyados en tan altas autoridades, los teóricos no vacilaron en hacer de la monarquía universal una especie de dogma. Uno de los más ilustres escritores de la Compañía de Jesús coloca la monarquía del papa y del emperador en parangón con la unidad de Dios. "Sostener, dice Belarmino, que se necesita más de un monarca es caminar al politeísmo." (2). Dios ha puesto el sello de la unidad en toda la creación: Sanderus encuentra la monarquía en los cielos, en los astros, en sus elementos y hasta en los animales y las plantas (3). La monarquía tiene, por tanto, todos los caracteres de la ley divina, y, por consiguiente, inmutable. En el siglo XVIII, un fraile hombre de genio, filósofo, político y poeta, se dejó seducir por la idea de la unidad: Campanella la representó como el ideal de la humanidad. Pero ¿cómo se realizará la unidad? La Edad Media repartía la soberanía entre el papa y el emperador; pero esa monarquía de dos cabezas no satisfacía al ardiente dominicano: necesitaba una unidad absoluta, y la coloca en el papado; nada más lógico: la unidad cristiana debía conducir á la monarquía del papa. En efecto, el emperador no es más que el brazo armado de la Iglesia;

(1) LE PLAT, *Monumenta Concilii Tridentini*, t. 1, p. 167 y siguientes.

(2) BELLARMINUS, *de Summo pontifice*, lib. 1, c. 4.

(3) SANDERUS, *de visibili monarchia Ecclesie*, III, 4-9, p. 113 y siguientes.

pero como el protector tiene necesariamente la ambición de llegar á ser el dueño, ¿no vale más poner la fuerza en manos del papa? Tal es en el fondo la doctrina de Campanella, aún cuando al exponerla no siempre sea claro y preciso. Encerrado durante veintisiete años en una prisión de Nápoles por haber conspirado contra el gobierno español; el dominico conservó su libertad de espíritu en medio de los más horribles tormentos; pero alguna vez se vió obligado en sus escritos á encubrir su pensamiento. Hablaremos en otro lugar de su libro *la Monarquía de España*, en el cual parece que reclama el imperio del mundo á favor del príncipe que le tenía aprisionado; pero aún en esta obra política domina la idea religiosa: "La monarquía universal, dice Campanella, es una imitación del gobierno de Dios; por eso ha permitido que se hicieran repetidas tentativas para establecerle. Y hombres inspirados por el Espíritu Santo han profetizado que el destino providencial del género humano era el ser regido por un solo monarca." (1). El fin de esa dominación es el reinado del cristianismo; y ¿quién es el verdadero jefe de la cristiandad? El papa y no el emperador; luego es lo natural que el gobierno del mundo pertenezca al papa. Hé aquí la verdadera opinión de Campanella tal como la expresa en su *Filosofía real*: "Si hay pluralidad de monarquías, es á causa de nuestros pecados; hay que volver á la edad de oro, á la edad de la unidad y de la inocencia; y ¿quién nos conducirá hácia ese ideal? No pueden ser los príncipes, porque los reinos temporales no son más que una preparación á la verdadera unidad. Así como en el paraíso no hay más que un solo hombre, padre, rey y sacerdote, tampoco la humanidad debe tener más que un solo efe, rey y sacerdote; entónces solamente habrá unidad de religión, paz y armonía entre los hombres." (2). Campanella expuso su plan de monarquía pontificia en un escrito dirigido solamente al papa; aquél es una especie de testamento del filósofo italiano. "No debe haber más que un rebaño y un pastor; y ¿cuál es el mejor medio de establecer la unidad religiosa? El de concentrar todas las fuerzas en las manos del vicario de Dios. El cristianismo armado será invencible. Cuando todos los

(1) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica, Appendix, ubi hæc questio tractatur: Utrum sit optandum, universum orbem christianum ab uno solo capite de monarchia regi ac gubernari.*

(2) CAMPANELLA, *Philosophía realis*, Pars III, c. 8, números 17, 19, p. 392 y siguientes.

pueblos se hallen sometidos al soberano pontífice, entónces se verá la edad de oro cantada por los poetas, la república perfecta concebida por los filósofos, el estado de inocencia de los patriarcas, la fidelidad de Jerusalén." (1)

Campanella escribió la *Teoría de la dominación universal del papa* en una época en que el poder pontificio estaba arruinado, á pesar de la reacción católica. La Reforma quebrantó el poder espiritual de los sucesores de San Pedro, y desde entónces ya no podía pensarse en monarquía pontificia. Esa idea, sin embargo, sobrevivió á la revolución del siglo XVI: los celosos ultramontanos eliminaron al emperador de la unión cristiana para no conservar más que al papa, y los reformadores eliminaron al papa para no conservar más que al emperador. Invocan estos últimos la más grande autoridad, la de la palabra divina. Daniel, el gran profeta, había predicho que la monarquía de Roma sería la última; y como el imperio de Alemania era el santo imperio romano, el poder de los emperadores era tan indestructible como el reino de Cristo, y ambos descansaban en la fe de las mismas profecías (2). Tan singular concepto no era solamente patrimonio de algunos espíritus místicos engolfados en los sueños del Apocalipsis, como pudiera tal vez creerse; tenemos un tratado de Sleidan, uno de los mejores escritores del siglo XVI, sobre las *Cuatro Monarquías* (3). El historiador de la Reforma no se hacía ilusión respecto al triste estado del imperio alemán; pero la fe en la Biblia le domina hasta tal punto, que la decadencia del imperio le parece una prueba de su eternidad. ¿Qué importa que los Estados cristianos se hayan separado del jefe de la cristiandad? ¿Qué importa que el Señor del mundo sea tributario del sultán? Daniel ha predicho que el imperio romano sería el último, y no puede haber una quinta monarquía, á ménos de sostener que el Espíritu Santo, hablando por boca del profeta, es un espíritu de error y de mentira. Sleidan confiesa que el imperio de Roma no es ya más que una vana sombra: "La cosa, dice él, es más clara que la luz." Pero Daniel ha dicho que la planta de

(1) *Parole universali dello governo ecclesiastico, per far uno greggio et un pastore. Secreto al papa solo* (RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. IV, 2, p. 160).

(2) VITRIARIUS PFEFFINGER, *Corpus juris publici*, t. I, p. 422.

(3) J. SLEIDANUS, *de Quatuor summis imperiis* (GOLDAST, *Politica Imperialis*, p. 396-437).

sus piés sería de hierro; de consiguiente, no puede perecer; durará hasta que venga el Antecristo, y despues de él el reinado de Jesucristo. Si la flaqueza era un signo de que el imperio de Alemania representaba la cuarta monarquía de Daniel, ese signo se hizo por cada vez más visible, porque bien pronto no quedó del imperio más que el nombre. Sin embargo, aún se encuentra en la primera mitad del siglo XVII un hombre de fe sobrado ardiente para romper una lanza contra Bodin en favor de la eternidad del santo imperio romano (1). La preocupación cristiana no cedió más que á la evidencia de los hechos: ¿y qué digo yo? en pleno siglo XIX oíríamos todavía al papa pedir el restablecimiento del santo imperio romano como la cosa más natural del mundo.

II.

La monarquía universal es una idea católica más bien que cristiana; se enlaza, en efecto, con el concepto de una unidad exterior al cristianismo, y supone además, que el papa tiene como jefe de la Iglesia una potestad temporal, puesto que es él quien corona al emperador y quien le depone cuando el interés de la religión lo reclama. El protestantismo rechaza la idea de la Iglesia exterior y del poder temporal del pretendido vicario de Dios, por lo cual ha minado en sus fundamentos el edificio de la unidad de la Edad Media. Si los protestantes continuaron apegados á la monarquía universal es porque la palabra de un profeta la consagraba; pero sucedió á esa profecía lo que á alguno de los dogmas católicos: era una herencia del cristianismo tradicional que los partidarios de la Reforma aceptaron al pronto, creyéndose los verdaderos representantes de la tradición cristiana, pero que abandonaron bien pronto, como resto de un pasado que ya no podía renacer. La Reforma era esencialmente hostil á la idea de monarquía universal: hija del genio germánico, era individualista por naturaleza; así se vió que su primer grito fué el de un llamamiento al espíritu nacional del pueblo alemán, pisoteado, explotado y despreciado por sacerdotes ambiciosos que se habían hecho un trono con la barquilla de San Pedro, desde el

(1) J. NEUHEUSER, *Argumentatio de sancto et summo imperio monarchico*, 1610 (GOLDAST, *Politica Imperialis*, p. 746).

cual dominaban al mundo con un orgullo propio de los Césares romanos más bien que del humilde apóstol de quien se llamaban sucesores.

Tal fue el pensamiento del célebre manifiesto de Lutero á la nobleza alemana contra la dominación pontificia (1): "¿No es ridículo, exclamaba el atrevido reformador, que el papa reclame el derecho de disponer del imperio? ¿Ha olvidado las palabras de su maestro: *Los reyes de las naciones dominan sobre ellas, pero vosotros no haréis tal?* ¿Puede él gobernar al mundo al mismo tiempo que predicar, orar y cuidar de los pobres?... Que el obispo de Roma renuncie á sus pretendidos derechos sobre el reino de Nápoles y de Sicilia; él tiene igual derecho que yo. Lo que él llama patrimonio de San Pedro lo posee contra el precepto de Cristo: San Pablo dice: *Ninguno que va á la guerra se preocupa y se embaraza con los asuntos del mundo.* ¡Y hé aquí al papa, que se llama sucesor del apóstol, y que, lejos de pensar en el combate espiritual del Evangelio, se ocupa de los asuntos de esta vida más que los emperadores y los reyes!... Descarguémosle de esta tarea; que el emperador ponga en sus manos una Biblia y un devocionario para que reze y deje á los príncipes gobernar los reinos... Los obispos de Roma se jactan de haber transferido el imperio romano á los reyes de Alemania, y quieren que les estemos agradecidos por tan grande beneficio; de ahí vienen sus pretensiones y esos desvelos que inspiran compasión... El imperio de Alemania se llama el santo romano imperio; ¿pues por qué nuestros emperadores han sido expulsados de Roma? ¿Por qué se han apoderado de ella los papas? Ellos abandonan las apariencias del poder á los Alemanes y guardan para sí la realidad. Así es como nos han llevado siempre por la punta de la nariz: ¿no tienen razón para tratarnos de tontos y de imbéciles?... No pudiendo ellos mismos ser emperadores han conferido la dignidad imperial á nuestros reyes, á fin de reinar en su nombre: nos dejan los títulos vanos y se cogen todo lo que tenemos, nuestros bienes, nuestro honor, nuestro cuerpo, nuestra alma y nuestra vida... ¿Qué les tenemos que agradecer? ¿Será de que nos han dado la dignidad imperial que ellos notentaban el derecho de quitar á los Griegos? Quien dispone de los imperios es Dios, no es el papa...

(1) LUTHER, *An den christlichen Adel deutscher Nation* (1520).

Demos que el papa haya transferido realmente el imperio á los Alemanes; pero entonces tomemos la donación por lo serio: que el imperio sea un verdadero imperio y que el papa comience por devolvernos á Roma y todo lo que injustamente detenta: que la espada de los señores del mundo no tenga que humillarse ante las hipócritas pretensiones de un sacerdote..

La poderosa voz del reformador alemán anuncia el fin del papado, y, por consiguiente, de la unidad católica. ¡Cosa notable! Los primeros príncipes que abrazaron la Reforma fueron los electores del santo y romano imperio. ¿Se concibe un imperio llamado *santo*, porque es el brazo armado de la Iglesia católica, y electores herejes que disponen de esa santa corona? ¿Se concibe que príncipes que estigmatizan á Roma llamándola Babilonia del Apocalipsis y al papa el Antecristo elijan un emperador que tiene por misión defender á Roma y al papado? El santo imperio estaba herido en el corazón: conservó una apariencia de vida mientras que tuvo á su frente á Carlos V; pero luego que éste abdicó, la contradicción se hizo evidente. El papa rehusó reconocer á un emperador nombrado por electores herejes, y tenía razón bajo el punto de vista del papado. Pero la cancillería imperial no fué de esa opinión, y respondió al soberano pontífice que se equivocaba en las fechas, puesto que se creía aún en la Edad Media, siendo así que estaba en el siglo XVI (1). Á su vez los Alemanes tenían razón; pero también necesitaban renunciar á la ambición de la monarquía universal, representada por el papa y el emperador. Era, en efecto, como ellos decían, una idea de la Edad Media la que suponía la íntima unión del papado y del imperio, ó, mejor dicho, la supremacía del papa; pero al rechazarla los usurpadores abdicaban la monarquía cristiana para entrar en las filas de los príncipes, órganos y jefes de naciones independientes. Así es como la Reforma vino á ser la tumba de la unidad de la Edad Media.

III.

La Reforma no es más que una de las fases del movimiento que caracteriza á los tiempos modernos: fué preparada, y en algunas cosas sobrepuja-

(1) Véase la parte novena de mis *Estudios*.

da por el Renacimiento. Los humanistas de los siglos XV y XVI representan, mejor que los protestantes, el carácter y la tendencia de nuestra civilización. Se cree ordinariamente que los hombres del Renacimiento no fueron más que pálidos imitadores de Grecia y de Roma: es confundir la nueva edad, que se anuncia por medio de un retorno á la antigüedad, con lo que puede llamarse la exageración, ó, mejor dicho, la caricatura de ésta. Hay en el Renacimiento un paso hácia el porvenir, por lo menos tan notable como el retorno á lo pasado; y las ideas que agitan al siglo XIX eran ya la preocupación de los hombres del siglo XV: era una viva repulsión de los abusos de la fuerza, una reprobación de las guerras de conquista, y, por consiguiente, de la monarquía universal. Oigamos á uno de los más bellos genios de aquella dichosa época.

Erasmus pregunta qué es la monarquía universal: "Hace siglos que se viene hablando de ella; pero ¿ha existido jamás? ¿Puede siquiera existir? Los Romanos se llamaban los señores del mundo, y la mitad de la tierra les era desconocida: trataban de fábula la existencia de los antípodas, y hoy nuestros navegantes visitan la tierra de los antípodas. Que se compare la tierra, tal como la conocemos, con el imperio romano, y dígame si merece el nombre magnífico de monarquía universal. Y aún esa dominación limitada, que fué destruida por los Bárbaros, y que los papas han tratado en vano de restablecer, si resucitase, sería en el nombre, pero no en la cosa. Se dice que los hombres deben imitar el gobierno de Dios: ninguna cosa mejor, si pudiesen también imitar su bondad y su sabiduría. Tomemos á los hombres tales como son, con su irremediable imperfección y con sus pasiones no menos incurables. ¿Dónde está el hombre capaz de gobernar el mundo? Al extender el poder más allá de los límites de la fuerza humana, ¿qué otra cosa se hace sino extender los males que resultan necesariamente de un régimen imperfecto, la tiranía y la servidumbre?," Erasmus no quiere distribuir el género humano en Estados aislados, como Esparta ó Jerusalem: es cosmopolita, pero afecto al cosmopolitismo moral más bien que á la unidad política. "Que los reyes, dice, se penetren de la caridad cristiana, y entonces la cristiandad se podrá pasar sin la monarquía universal; pero si la caridad no inspira á los príncipes, vano sería que uno solo

fuese el dueño de toda la tierra: los pueblos no habrían hecho más que cambiar unos cuantos tiranos, débiles é impotentes, por un solo tirano que les oprimiría tanto más cuanto que tendría en su mano la omnipotencia," (1). Erasmus tiene el genio del buen sentido; y como al gran crítico del último siglo, le gustaba combatir á sus adversarios con las armas de la ironía. Defendía un fraile español la monarquía universal con los argumentos de la Edad Media, y concluía por decir que era de derecho divino: así como no hay más que un sol, decía Carvajal, no debe haber más que un monarca. "Muy bien, respondió Erasmus, cuando encontremos un hombre que esparza como el sol sus beneficios por toda la tierra, y que llene su misión con la admirable regularidad que el rey de los astros, nos someteremos de buen grado á su imperio."—"Aristóteles, replica el fraile español, se declara á favor de la monarquía, lo mismo que Homero." Hé ahí un rasgo de esa erudición fuera de tono que se atribuye indebidamente á todos los escritores del Renacimiento. Erasmus envía al monje á las aulas para que en ellas aprenda que el filósofo griego no hablaba más que de una forma de gobierno y el gran poeta de un general de ejército. Hé aquí, en fin, el argumento irresistible: "Jesucristo dice: Dad al César lo que es del César; luego aprueba y santifica la monarquía universal."—Suponed, respondió Erasmus, que el Hijo de Dios predicase en la Saboya en vez de predicar en la Palestina, y habría dicho: "Dad al duque lo que es del duque." ¿Qué deducir de todo eso? Que el defensor de la monarquía universal no se distingue por la inteligencia," (2).

Había en el siglo XVI un hombre de ingenio más original que Erasmus. Los que hayan leído á Rabelais no se admirarán de hallar su nombre en un estudio sobre la historia de la humanidad, porque saben que el autor de *Pantagruel*, bajo sus formas burlescas, oculta profundos pensamientos. Á nuestro modo de ver, los grandes genios que ilustran y consuelan á la humanidad tienen más importancia que todos los diplomáticos, todos los reyes y todos los emperadores del mundo. Mientras que los príncipes de la Casa de Austria luchaban por la monarquía universal, Rabelais se burlaba de ello,

(1) ERASMI, *Epist.* 318, in *Suetonium* (*Opera*, t. III, 2, p. 327).

(2) ERASMI, *Epist.* 1031 (t. III, 2, p. 1166, y *Epist.* 1072, p. 1229).